

# EL PRÍNCIPE

ANÁLISIS. ESPÍRITU DE LA OBRA. REALISMO

CONCLUSIONES

---

## I

### ANÁLISIS

Toda la obra del genial florentino ha sido pospuesta, y ha pasado a ocupar un lugar prominente en la crítica acerba y a veces mezquina de su obra, este pequeño opúsculo de política realista. Es por ello que para considerar su obra, alrededor de la cual, como gira la brújula fija en su pivote, así gira toda o casi toda exposición de los principios del llamado «Padre de la ciencia política». Es necesario, es imprescindible, un análisis detallado de la obra; pero no con el erróneo concepto de que éste ha de ser por capítulos y máximas aisladas, sino relacionadas entre sí, porque a pesar de que a primera vista parezca que esta obra carece de unidad y fin, lo tiene, como lo demostraremos en su debido momento.

La dedicatoria, de la que nos ocuparemos más detenidamente en otro lugar, porque con ella va unida una crítica equivocada, según nosotros : Que la obra es de ocasión e interesada, como lo pretende demostrar Baumgarten.

El capítulo primero, que trata de las clases de los principados y de los modos por los cuales se adquieren, comienza con una frase que coloca sobre seguro pedestal la gloria de Maquiavelo : « Los Estados y soberanías que han tenido y que tienen autoridad sobre los hombres, fueron y son repúblicas o principados. » En la que por primera vez se contraponen como conceptos diversos, el principado o monarquía, entendida como gobierno absoluto y soberanía de uno solo, y la república o soberanía de todos. Luego hace una clasificación de los principados en hereditarios y nuevos, y estos últimos en completamente nuevos y los anexados como parte de otro ; y se adquieren por las armas, por la fortuna y por el genio.

El capítulo segundo, que trata de los principados hereditarios, se inicia declarando que deja aparte a las repúblicas que los trató ya en los *Discursos sobre las décadas de Titio Livio*. Se dedica exclusivamente en él a considerar los Estados hereditarios y su mejor modo de conservarlos, que es el de conservarlos en el mismo estado en que han sido recibidos, porque (como él dice y esto no es sino la simple constatación de los hechos) : « La antigüedad y la continuidad del dominio apagan los deseos y amortiguan los anhelos de la innovación, ya que toda mudanza labra los cimientos y marca los jalones para otros cambios. »

El capítulo tercero, que es el más largo, trata de los principados mixtos. Dice : « Están los principados nuevos erizados de dificultades, pero las de los mixtos provienen de la dificultad natural común a todos los principados nue-

vos, porque, creyendo mejorar, los hombres cambian de señor, lo cual es un notorio engaño que luego la experiencia se lo hace notar. »

Ello proviene porque necesita vejar a sus vasallos, los cuales desean vengarse, y sus amigos no consiguen todo lo que desean, y pone los ejemplos de Luis XII y Luis Sforza.

Pero la segunda vez, dice, es más difícil el perderlos, porque ya se conocen las causas porque se lo perdió. Continúa con los mismos ejemplos y expone las diversas medidas que se deben tomar según sean las situaciones del Estado conquistado, y dice que para poseerlo con alguna seguridad basta extinguir la dinastía de los príncipes que tuvieran al frente de sus destinos, y es signo de prudente buen gobierno trasladar su residencia a la tierra conquistada. Es bueno establecer colonias, porque ofenden a pocos y de tal gravedad, que no pueden vengarse, mientras que la ocupación ofende a muchos y tan levemente, que el odio y la resistencia aumentan. Hace luego una crítica de los errores ya ciertos de Luis XII en la conquista de la Lombardía, la ocupación de Nápoles a medias con Fernando VII de Aragón y la fomentación de la de la Romanía por Alejandro VI. Concluyendo : « De aquí se desprende una regla general que, o no falla nunca o falla muy rara vez, como es la de que quien ayuda a otro a engrandecerse, trabaja en daño propio, porque el apoyo se presta o con la habilidad o con la fuerza, medios ambos que infunden graves sospechas al que llega a ser fuerte y poderoso. »

En el capítulo cuarto estudia las causas por qué Alejandro y sus sucesores conservaron pacíficamente después de sus guerras los países conquistados, y pone de ejemplo el gobierno turco y el francés, y estudia la forma de conquis-

tarlo y conservarlo. El primero, que es un pueblo de esclavos, sin aliados interiores; y el francés, es más difícil de hacerlo, por lo que dice que la conquista y conservación de ella depende menos de la virtud que de la forma en que fueron gobernados.

En el capítulo quinto trata « del modo cómo han de gobernarse las ciudades o pueblos que antes de conquistarse se regían por leyes propias » y dice : « cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados a vivir en libertad y a regirse por leyes propias, pueden conservarse de tres maneras. Es la primera, destruyéndolos. Es la segunda, trasladando a ellos la residencia. Y es la tercera, dejándolos que se rijan con sus propias leyes y con un gobierno de pocos y que sea fiel ». Tal es el mejor medio para lograr la dominación de una ciudad acostumbrada a un régimen liberal. Trae luego a colación diversos ejemplos de los espartanos y romanos en sus conquistas; y agrega textualmente : « El que se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir en medio de sus libertades y no se decida a destruirla, ha de esperar ser destruído por ella, pues siempre tendrá como enseña de rebelión las libertades y su antiguo régimen, que no podrán hacer olvidar los beneficios ni el transcurso de los años. Mientras que los pueblos acostumbrados a la servidumbre política, basta con extinguir la dinastía del príncipe. En las repúblicas no hay más remedio que, o conquistarlas, o trasladar a ellas su residencia. »

En el capítulo sexto, que trata de los Estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y propias armas, nos explica en parte en su primer párrafo el por qué de las frecuentes citas de César Borgia. Dice que los hombres siguen por las sendas que los otros hombres abrieron, pero como no siempre siguen todo el sendero; necesario es, aunque

para llegar a parecérseles en algo, hacer como los arqueros que cuanto más lejano está el blanco más alto tira la flecha, no para alcanzar el punto más alto, sino para dar en él. Advierto, dice luego, que en los principados nuevos se halla el príncipe lleno de dificultades, pero ya el haber ascendido a tan alto lugar indica méritos y talento que anularán muchos inconvenientes. Dice luego que es necesario no confiarse en la fortuna, y los que no lo hacen conservan durante más tiempo su principado. Cita luego los ejemplos de Moisés, Ciro y Rómulo, y estudia las circunstancias por las cuales lograron ocupar tan alto lugar en la historia : la ocasión. Pero agrega : « los que por tales vías han llegado a ser príncipes, difícilmente conservan la conquista, porque están necesitados de innovar, y los que han estado « como el pez en el agua » con el régimen anterior, le harán fuerte oposición, y los favorecidos serán tímidos en su apoyo por el recelo común a todos hacia lo nuevo; por lo que dice que si para introducir lo nuevo es aconsejable la persuasión, no se hará nada, por lo que es necesario la fuerza; y dice : « Téngase en cuenta que siempre han vencido los profetas armados y que siempre han fracasado los profetas inermes. » Y más adelante : « Que los pueblos son volubles y difíciles de engañar, por lo que es necesario organizarlos en tal forma que cuando no crean en algo tengan que creer en ello por la fuerza. »

El capítulo séptimo trata de los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas o incidentes de buena fortuna, y dice : los que se conquistan por el favor y la fortuna son difíciles de mantener, porque les falta la base necesaria a todo principado nuevo, y que, como ejemplo, él jamás se cansará de citar los de Luis Sforza, en Milán, y César Borgia; el primero, por medios lícitos, y el segundo por todos aquellos que pueden hacer un hombre

prudente de Estado y no fiando nada en la fortuna, y agrega : « Si examinamos la conducta del duque, veremos que puso a su poder futuro los más sólidos cimientos, y no es ocioso examinarla, porque tengo para mí que la imitación de los actos del duque son los mejores preceptos que pueden aconsejarse a un príncipe nuevo. Si fracasó en la empresa, no fué por culpa suya, sino por extraordinaria y aguda animadversión de la fortuna. » Luego estudia las circunstancias en que logró la Romaña y sus aspiraciones a mayores conquistas; relata el asesinato de los Orsini y demás ex enemigos de César, y en un pasaje lo califica como « el divino engaño de Sinigaglia ». Se particulariza luego con la pacificación y progreso de la Romaña conseguido por César, y prosigue con la política de alianzas del duque. Más adelante hace una reseña de los medios con que se prevaleció para prepararse en el futuro su situación. « Para ello hizo frente al peligro que creía avecinarsele, de cuatro modos. El primero consistía en extinguir las generaciones de los señores a los que había desposeído de sus Estados, con lo que le quitaba al nuevo pontífice el pretexto de desposeerlo a él. El segundo consistía en atraer a su fracción a todos los nobles de Roma para dominar por este conducto al pontífice. El tercero estribaba en buscarse en el Colegio cardenalicio el mayor número de adeptos, y el cuarto en extender de modo tan singular el número y la calidad de sus Estados, que antes de fallecer el papa Alejandro, le encontrara propicio a recibir los primeros ataques del enemigo. » Luego agrega que era tan astuto y valiente, que lo hubiera conseguido si no se enferma de muerte, y dice : « No me atrevo a censurar ninguno de los actos del duque, porque los conozco; ante bien, me atrevo a proponerlo como modelo de los príncipes que llegan al poder por la fortuna ajena y por las ajenas ar-

mas. » Todo lo más, dice, que se le puede acusar, es no haber escogido mejor sucesor a su padre.

En el capítulo octavo trata de los que han llegado a príncipes cometiendo maldades. Dice que para elevarse a príncipe hay dos caminos : o elevarse por sobre sus conciudadanos o cometiendo alguna maldad. Y, hablando primero de éstos, cita dos ejemplos : El del siciliano Agatocles, que era un hombre del pueblo que, ascendiendo grado por grado en la milicia, llegó a pretor en Siracusa, y una vez en él, un día convocó al Senado para tratar graves asuntos de la República, y una vez reunidos los senadores los mandó asesinar, se apoderó del gobierno y resistió luego las invasiones cartaginesas. « La fortuna nada tiene que ver, dice, por consiguiente, si estudiamos a fondo la vida y el esfuerzo de Agatocles. » Y más abajo agrega : « No es que llame yo virtud al asesinato de los conciudadanos, a la traición de los amigos, ni a la carencia de la piedad, de la buena fe y de la religión, condiciones con las que puede conquistarse la soberanía, pero de ningún modo lograr la gloria. » El otro ejemplo es el de Oliverotto de Fermo, que para conseguir el gobierno de esta ciudad (Fermo), no titubeó en asesinar en un festín a su tío, que lo educó, y a los amigos de éste, los principales señores de la ciudad, y no hubiera perdido el gobierno de la ciudad sino cae en la celada de Sinigaglia. Luego estudia el por qué, a pesar de su maldad extrema, Agatocles y los que como él han ascendido por ella al poder han sido tolerados por los pueblos, y él lo encuentra en la forma en que ha sido empleada. Agatocles la empleó en gran escala una vez en su vida y se pudo mantener, mientras los que la usan levemente en un principio y luego van en aumento, no pueden esperar que « Dios y los hombres les perdonen, como le aconteció a Agatocles ;

los otros no sé de qué modo han de valerse para continuar en el poder. Háganse de una vez todas las ofensas, que no hieren demasiado si no tornan a repetirse. En cuanto a los beneficios, es mucho más lógico hacerlos poco a poco, que hechos poco a poco se saborean mejor ».

El capítulo noveno trata *De los principados civiles* y dice en él : « Un ciudadano puede llegar a príncipe sin maldad ni violencia algunas, por medio del favor de sus conciudadanos. » Para ello no es necesario más que una gran astucia, y se puede fundar sobre los nobles o el pueblo. El que lo obtiene con ayuda de los primeros lo conserva con grandes dificultades, pues mirando éstos su conveniencia, apenas no la llene lo abandonan, por lo que le conviene apoyarse en el pueblo que desea únicamente que no le opriman y a quien es fácil conservar favorable. Es de gran utilidad gobernarlo solo y no por medio de ministros, pues el pueblo se acostumbra a obedecer a éstos y en los momentos de peligro no estará el pueblo acostumbrado a obedecerle. » Dice luego : « Los amigos, si no son ladrones, deben ser respetados y protegidos. Pero a los adversarios hay que dividirlos en dos grupos, y si lo son por timidez no hay que alejarlos. » Y concluye : « Procure el príncipe de gobernar de modo que en todo tiempo y a lo largo de toda suerte de vicisitudes los ciudadanos tengan que acudir a su autoridad ; de esta suerte no es aventurado conjeturar que le permanecerán fieles. »

Se refiere el capítulo décimo *Del modo de graduarse la fuerza de los gobiernos*, y dice en él que no debe olvidarse, al estudiar estos principados, el modo de defenderse. Dice que los Estados fuertes deben organizar ejércitos fuertes, y los pequeños concentrar sus fuerzas en la capital y, sobre todo, ejercitar al pueblo en los trabajos de guerra : construir murallas, fosos, fuertes, etc.



En el capítulo undécimo trata *De los principados eclesiásticos*, de los que dice textualmente : « Tengo que hablar aquí de los principados eclesiásticos. Cómo se adquieren por méritos o por fortuna, las dificultades mayores ocurren antes de posesionarse de ellos. Pero luego se conservan perfectamente. Pues como la posesión de ellos se funda en las antiguas instituciones religiosas, tienen éstas tal fuerza, que a toda costa sostienen la autoridad del príncipe, cualquiera que sea su modo de vida y de gobierno. »

« Los príncipes eclesiásticos poseen los Estados sin defenderlos, y los súbditos sin tomarse el trabajo de gobernarlos, porque tales vasallos ni se curan de su emancipación y libertad ni piensan en ellas. Estos principados son los únicos tranquilos y los únicos felices. » Luego estudia las causas y circunstancias del aumento inusitado del poder de la Iglesia.

En los capítulos XII, XIII y XIV, trata de las diversas milicias y de los conocimientos militares de los príncipes. Pasa revista a las distintas clases de ejércitos : mercenarios, auxiliares, mixtos y nacionales. Achaca a las primeras los males que sufre Italia en esos momentos, y pasa revista a las vicisitudes de diversas « repúblicas » por culpa de ellas. Las califica de cobardes; sus jefes son falsos, muy inclinados a la traición y a la mala fe e interesados en la continuación indefinida de la guerra. Las auxiliares son peores, pues si pierden, el que pierde es el príncipe, y si ganan, el que gana es el jefe de Estado a que las tropas pertenecen, pues tienen al príncipe a su merced, por lo que éste es el que, ganen o pierdan las tropas, siempre pierde. Las mixtas tienen menos desventajas, pero siempre las tienen grandes, por lo que es bueno, y todo Estado que quiera fundarse sobre bases fuertes debe organizarlas, son

las milicias nacionales. Sobre ellas, dice, se fundaron las grandes nacionalidades de la antigüedad.

Luego en el capítulo XIV afirma que deber esencial del príncipe en la paz es ocuparse de la guerra y conocer bien los terrenos que posiblemente utilizará como campo de batalla, imitando a Filopémeno, príncipe de los aqueos, cuyo ejemplo incita a los señores a seguir, y enseñándoles que Francisco Sforza, por tener un ejército, ascendió de simple ciudadano a duque de Milán, y sus descendientes, por no tenerlo, descendieron de duques a ciudadanos.

En el capítulo XV trata *En qué cosas los hombres, y sobre todo los príncipes, merecen alabanzas o vituperios*. Comienza diciendo que no ignora que otros han tratado el tema, pero lo han hecho cómo debieran comportarse los príncipes y ciudadanos en Estados y repúblicas imaginadas, y dice : « prefiero decir la verdad como es a como nos imaginamos que es » ; y luego agrega : « Es tan grande la diferencia que hay entre cómo vive uno a cómo debe vivir, que el que prefiera lo que debe hacerse a lo que se hace en realidad en la vida corriente camina a su ruína antes que a su rehabilitación, y el hombre que quiera conducirse con honestidad en todas las cosas, fracasará necesariamente entre tanto bellaco. Así, pues, el príncipe debe ser bueno o malo, según le aconsejen las circunstancias. » Agrega luego que todos los hombres son dignos de elogio y de censura e igual los príncipes, que los hay de todas clases y con toda clase de vicios y virtudes. « Ya sé yo que sería buena cosa encontrarse con que un príncipe, atesora las más excelentes cualidades personales. » « Pero como esto no es posible — sigue diciendo — ni sería prudente aplicar todas sus virtudes, es necesario que oculte los vicios que le podrían hacer perder el gobierno. » Y sigue diciendo textualmente : « Y no debe tampoco tomar muy a pecho

que le vituperen aquellos defectos por los cuales se mantiene príncipe, porque, si bien se mira, habrá cualidades malas que parecerán virtudes y que produzcan su ruina si las pone en ejecución, y habrá, en cambio, cualidades buenas que parecerán defectos, y que, fomentándoselas y estimulándolas, es posible que le llenen de seguridades y bienandanzas. »

El capítulo XVI trata *De la liberalidad y de la miseria* (este último concepto tomado en sentido de avaricia); y dice que el príncipe no debe derrochar dinero en boato y gran pompa, sino que sólo debe parecer que lo es y reservar los dineros para la época de guerra, tomando ejemplo de Julio II, que por su fama de liberal le hicieron papa, pero luego se cuidó de emplearla y atesoró para hacer la guerra al francés. Más adelante dice : « La liberalidad es condición que, por su naturaleza, se desgasta y consume con presteza, porque la vas desgastando al paso que te vas desposeyendo de los medios que te dan fama de liberal y llegas a ser pobre y despreciado, al menos que para huir de ambas cosas caigas en la rapacería y te hagas odioso. » Por lo que acaba que más vale crearse fama de tacaño que hacerse odioso y luego cometer infamias.

En el capítulo XVII trata *De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido*. El mismo contesta que bien vale emplear la crueldad, pero emplearla en el bien, como César en la Romaña, y contestando directamente, dice en el párrafo final : « Volviendo, para concluir, al tema de si un príncipe debe ser temido o amado, diré que los hombres aman según su voluntad y que temen según la voluntad del príncipe. De modo que si el príncipe tiene prudencia, debe cimentar su poder en sí mismo y no en los demás, procurando únicamente que no le odien sus vasallos. »

El capítulo XVIII trata de *Cómo debe guardar el príncipe la fe jurada*. Es alrededor de este capítulo, conjuntamente con diversos pasajes de otros, que en la segunda o tercera parte se tratarán, que ha girado y gira la crítica de aquellos que enfocan el problema desde el punto de vista moral, como si la ciencia pudiera detenerse ante conceptos más o menos artificiales de la hipocresía de los hombres de una época. Por ello no ha de extrañar demos a este capítulo una gran extensión y acopio de citas del texto. Comienza así : « El príncipe, como todos saben, debe preferir sin duda la lealtad a la falacia. » Y agrega luego que la historia recoge hechos de príncipes famosos por sus hazañas que han faltado a su fe jurada y que han cogido en sus redes a quienes en ellos se confiaban.

A veces se combate con las leyes y otras con la fuerza. La primera es propia de hombres y la segunda de animales, y los príncipes deben estar listos para aplicar ambas; así lo entendieron los antiguos al crear la leyenda de Aquiles educado por el centauro Chirón. Y dice luego que el león no conoce las trampas y vence a los lobos, y el zorro conoce aquéllas y no puede contra éstos; y dice : « No comprenden bien sus intereses los que únicamente imitan al león. »

« Cuando le perjudique, el príncipe debe faltar a su promesa. Debe también faltar a ella cuando desaparecieron los motivos que le obligaron a prometer. Este precepto sería discutible si todos los hombres fueran buenos; pero como son malos y desleales contigo, no es justo que tú seas leal con ellos. Un príncipe encuentra siempre argumentos para disculparse en el incumplimiento de su fe jurada. » Y dice que puede presentar múltiples ejemplos de violación de pactos por príncipes que han sabido a tiempo imitar a la zorra. De todos modos — agrega — hay

que disfrazar bien las cosas y ser maestro en disimulo, porque el hombre es tan cándido y depende tanto de las circunstancias, que siempre habrá un engañado para un engañador.» Cita a Alejandro VI y sus faltas a la fe jurada, y dice : « Sus engaños le aprovecharon siempre, porque conocía perfectamente a la humanidad. » Luego dice en unos párrafos, que transcribo íntegros para no mutilar ideas ni conceptos de ninguna especie : « Mejor es que parezca que un príncipe tiene buenas cualidades a que las tenga en realidad. Casi estaba por decir que si las tiene y las practica de continuo, le perjudican, y que le benefician si parece que las tiene. Le será muy útil que parezca piadoso, fiel, humano, íntegro y religioso, y hasta le será muy útil que lo sea, siempre que esté resuelto a ser lo contrario de lo que parece cuando haga falta. » En seguida añade en el párrafo siguiente que es peligroso para un príncipe — sobre todo nuevo — que practique las virtudes que le den fama de bueno, porque debe ser hombre sin fe y cruel cuando las circunstancias lo exijan.

Por lo que, si es virtuoso, debe ser tan dúctil que pueda plegarse a todas las situaciones. Sobre todo de parecer religioso, « pues los hombres, dice, juzgan por lo que ven, y la generalidad no sabe lo que mira y todos juzgarán por las apariencias, y los pocos que lo conozcan no se atreverán sino a seguir la opinión del vulgo », y termina expresando : « Algún príncipe de los actuales, que no conviene nombrar, habla de paz y de lealtad a todas horas y no conoce ni de nombre ambas cosas. De haber sido pacífico y leal, hace tiempo que hubiera perdido su reputación y sus Estados. »

El capítulo XIX trata de *El príncipe debe evitar el desprecio y el aborrecimiento*. El príncipe se hace aborrecible en cuanto sea voluble, ligero, afeminado, pusilá-

mine e irresoluto. Debe mantener su palabra aunque sea injusticia, para evitar que se pueda temer un engaño. Debe mantenerse seguro en el exterior, manteniendo alianzas y teniendo a respeto a sus enemigos, que en el interior su política evitará las conspiraciones, y si es popular, pasará lo que pasó con Bontivoglio en Bolonia. Luego cita el gobierno de Francia y su sistema de balanceamiento de poder entre nobleza, pueblo y rey; y más adelante la de los emperadores romanos y su distinta suerte por los métodos empleados en apoyarse en el pueblo o la milicia.

En el capítulo XX de la obra estudia *De si son útiles o perniciosas las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes*. Manifiesta que esto es variable, y que se pueden encontrar ejemplos de construcción y de destrucción de fortalezas para dominar mejor a los pueblos, al igual que sobre el problema de si se debe armar o desarmar al pueblo y aconseja que por lo general debe armar al pueblo y dejarle las armas que poseía, pues si se las quitan, se ofende; y agrega que la mejor fortaleza para mantenerse es el cariño del pueblo y, teniéndolo, les es indiferente tener o no tener fortalezas, pues careciendo de él, son inútiles éstas.

En el capítulo XXI trata *De lo que debe hacer un príncipe para adquirir buena fama*; y dice que: « las grandes empresas y los méritos extraordinarios son las cosas que más realzan a todo príncipe »; y se vale del ejemplo de Fernando de Aragón y la política seguida para él acrecer su poder y fama a costa de los nobles y la riqueza de sus súbditos. Y agrega que un príncipe debe dar buenos ejemplos a sus súbditos, evitar la neutralidad en la guerra y escoger el partido que más probabilidades tiene de ganar. « El príncipe debe ser amigo de la virtud, honrar a los que sobresalen en alguna profesión, alentar a sus

vasallos para que ejerzan tranquilamente su misión »; abstenerse de cerrar los caminos a la iniciativa privada. Y por último le aconseja distraer al pueblo con fiestas y espectáculos, tomando él participación en ellos, pero jamás rebajándose y olvidando su rango.

En el capítulo XXII se dedica al estudio *De los secretarios de los príncipes*, y dice que en ella se puede conocer la perspicacia del hombre de Estado, pues si se rodea de hombres capaces, se harán lenguas de su perspicacia, y si son malos, no se podrán formar buen juicio. Clasifica luego los secretarios en tres clases: excelentes, buenos e inútiles, y dice que hay un modo infalible para que el príncipe les conozca, y es ver si se ocupan más de ellos que del príncipe y del principado.

En el capítulo siguiente, XXIII, trata de *Cómo debe huirse de los aduladores*, y dice que cuando el príncipe comprenda que la verdad no ofenda, huirá de las adulaciones; que es prudente oír los consejos, pero que éstos los debe él pedir y desanimar a aquellos que se los dan sin solicitárselos, pero que, en cualquier forma, los debe escoger, porque los hombres aconsejan según sus conveniencias, porque: « Son malos si la necesidad no les obliga a ser buenos. » Y sobre todo que los consejos, procedan de quien procedan, han de parecer nacidos del príncipe y no de los consejeros.

El capítulo XXIV trata de *Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados*; y dice en él que siguiendo las reglas dictadas en los capítulos que anteceden, el príncipe nuevo gobernará con mucha prudencia y se hará aplaudir por sus súbditos y estimarse más que si lo fuera por derecho sucesorio, y alcanzará la doble gloria de fundar un nuevo Estado sobre bases y leyes nuevas. Examinando las causas por qué se perdieron el reino de Nápo-

les, el ducado de Milán y otros, dice que fué la mala organización del ejército, y que en la paz jamás pensaron en la guerra, y a sus adversidades no hallaron mejor remedio que huir en lugar de defenderse, para que los llamasen de nuevo llegada la oportunidad.

En el capítulo XXV habla *De la influencia de la fortuna y el modo de vencerla cuando es desfavorable;* y dice que los hombres creen que los cambios violentos en los hechos dependen de Dios. Y no es así, sino en parte de la fortuna, y la otra porción por la inadaptabilidad de los hombres a los tiempos. Para la fortuna es bueno prepararse poniéndole obstáculos, así como se evitan las inundaciones, no huyéndolas, sino oponiéndoles diques que las desvíen. Y luego agrega, referente a la otra causa : « yo creo que prospera todo el que se acomoda a la condición de los tiempos, y no puede prosperar el que sigue el opuesto sistema »; y después de otras consideraciones y de citar el ejemplo de Julio II en sus conquistas, termina diciendo : « En conclusión : variando la fortuna, como los hombres se empeñen en no variar de conducta, prosperarán mientras los tiempos se atemperen a ella, y fracasarán cuando no se dé este concierto. Vale más ser precavido que circunspecto, porque la fortuna es mujer, de modo que hay que dominarla, hay que tratarla sin miramientos, demostrando la experiencia que sale vencedor de ella el que la fuerza y no el que la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella poco considerados y muy audaces y vehementes. »

Finaliza el libro con el capítulo XXVI, que es una « invocación para libertar a Italia de los bárbaros »; la expulsión de los extranjeros y a la unidad italiana, que nos da la clave y el nervio de todo su libro, y nos explica con claridad meridiana el espíritu, objeto y fin de este opúscu-



lo, aparentemente en contradicción con sus ideas y pasado político. Analiza primero las circunstancias por las que pasa Italia, y dice que si era necesario que para que Moisés, Ciro y Teseo pudieran cumplir su misión histórica, que el pueblo de Israel viviera esclavizado en Egipto, los persas sometidos a los medos y los atenienses aislados y dispersos, ha llevado la Italia a tal grado de abandono y servidumbre, que es de admirarse que algún italiano no haya emprendido la unidad y expulsión de los bárbaros, porque, dice, está destinada a la ilustre casa de los Médicis; y acaba con estas palabras su libro : « No debe perdonar Italia la coyuntura de que vea aparecer su redentor al cabo de tanto tiempo. No sabría decir con cuánto amor, con cuánto afecto le recibirían en todas las provincias que han padecido las invasiones extranjeras, cuánta sería su sed de venganza, qué ciega su fidelidad, qué abundantes sus lágrimas de gratitud. ¿Qué pueblo se negará a la obediencia? ¿Qué puerta permanecerá cerrada? ¿Qué dificultades pondrán los envidiosos? ¿Qué italiano será capaz de no prestarle obediencia?

« A todos envilece esta dominación de los bárbaros. Acometa, en fin, vuestra ilustre casa con el ánimo y la esperanza con que se acometen todas las gestas gloriosas, a fin de que a la sombra de su enseña se ennoblezca nuestra patria y pueda realizarse aquel dicho del Petrarca :

Virtù contra furore  
 Renderà l'arme; e pa'l cunbatter corto :  
 Use l'antico valore  
 Nes italiei cor non e ancor morto.

## II

## EL ESPÍRITU DE LA OBRA

Es sin duda este tópico del espíritu de *El príncipe*, uno sobre los cuales detractores y defensores han hecho gran hincapié, y ambos han lanzado el grito de victoria pretendiendo todos haber demostrado sus respectivos puntos de vista y no cejando una línea en sus conclusiones y conceptos definitivos. Sus adversarios lo han declarado *velis nolis*, guiados por las apariencias y sus pasiones por una moral pura, por una política moral y una moral política, desprovista de todo espíritu; y no sólo eso, sino que han pretendido demostrar que es una obra de ocasión y con un fin de lucro personal; no ven en ella más que adulaciones bajas y consejos interesados por una pasión más baja aún.

Que la obra tiene un espíritu, un nervio, un sistema que la rige y la desarrolla, un fin a que tiende, es innegable, y sólo el *parti pris* de sus detractores les puede hacer negar cosa tan evidente y que está a ojos vistos, que anima la obra desde la dedicatoria, que otros pretenden dar como prueba contraria y confirmación de sus asertos. Examinando la época en que ha sido escrito, el año 1513 más o menos, se podrá comprobar que se habló de la formación de un fuerte Estado monárquico por el Papa para su hermano Juliano. Maquiavelo entrevió en esta oportunidad el momento propicio de iniciar la acción para conquistar la unidad italiana, que ya en cantos inmortales anhelara el

Dante. Y fué en esa época, precisamente, en que, interrumpiendo la elaboración de su otra gran obra, *Las décadas*, escribió este pequeño volumen. Ya redactado, titubeó largo tiempo en dedicárselo a Juliano de Médicis, y estas vacilaciones están expresadas por él en las cartas dirigidas a Francesco Vettori, y que transcribe Villari en el apéndice al segundo tomo de su obra. En medio de estas vacilaciones, debidas sobre todo a las dudas sobre la forma en que habría de ser recibida (porque recuérdese que había sido leal secretario de la República de Florencia durante los catorce años de destierro de los Médicis), aumentadas por Vettori en las cartas por éste dirigidas a Maquiavelo. Falleció Juliano, y a instancias de la esposa viuda de éste, el Sumo pontífice entregó el gobierno de Florencia a Lorenzo, a quien fué dedicada la obra, el que no dió signos de aceptarla, lo que Villari atribuye a dos causas : o que no llegó a su conocimiento, lo que es poco probable, o no quiso dar muestras de conocerla, por si llegaba el momento de aplicar sus consejos, rasgo que muestra el provecho de las lecciones del maestro.

Los que afirman que sólo el interés personal le ha guiado al escribirla, se fundamentan en la dedicatoria de ella y sobre todo en el primero y último párrafo; pero esta afirmación y cargo nos parecen absolutamente gratuitos. Creemos que ellos se disipan inmediatamente ante los rasgos de su recia personalidad; basta para esto recordar aquella consulta que le hizo Julio II, y que relatamos por creerla poco conocida, creencia que se afirma al no verla citada por aquellos autores que han hecho sus más orgánicas y científicas críticas y que tomamos de la conocida obra de Lavisse y Rambaud : Estando la silla apostólica ocupada por Julio II, este pontífice quiso expulsar a los ultramontanos y para ello ideó una política conjunta con

el emperador y los españoles contra Francia y Venecia, y pidió por intermedio de Vettori su opinión a Maquiavelo. Este contestó con su desaprobación a tal política, declarando que el verdadero interés del papado estaba en la estrecha unión con el gobierno de San Marcos; el papa entabló varias veces conversaciones y siempre recibió la misma contestación; su interés estaba en la alianza con Venecia, y luego tuvo confirmación cuando la política contraria de Julio se desmoronó en Marignan. Una sola frase de Maquiavelo le hubiera valido su privanza personal, pero ante el interés puso por encima su honor de político y su dignidad de hombre de Estado. Ante esta contestación se hunde la afirmación de autores que, como Baumgarten, sólo ven el lado superficial de las cosas y de los hechos y no entran a investigar las causas internas que los motivan.

Hasta aquí nos hemos reducido a considerar la dedicatoria, que no tiene sino una importancia secundaria y sobre la cual generalmente los autores no hacen hincapié, salvo algunos alemanes, entre ellos Ranke y Baumgarten. Los detractores del gran florentino no han titubeado ni un momento en negarle a la obra, como ya queda dicho, todo espíritu y nervio.

Es natural que si examinamos, como Federico de Prusia, máxima por máxima, aisladamente y la criticamos desde el punto de vista moral, que por lo demás no tiene nada que ver en una obra crítica de carácter científico, o entramos a considerarla con una prevención hacia ella, y aun más como los miembros de la Iglesia y sus herederos, en las críticas se entiende, los jesuitas, que la califican de «obra inspirada por Satanás», «aborto monstruoso del infierno», y que extraña que en defensa de su criterio no afirmen que exhalan vahos de azufre como signo de su origen

diabólico, explicable y aun natural, repito, que no encuentren un espíritu, un sistema central a la obra. Pero en presencia del último capítulo, el XXVI, en que hace una incitación a la expulsión de los bárbaros de Italia, en que anima al joven príncipe de Médicis a conquistar la unidad y libertarlos de ese yugo ignominioso, y que acaba con los tantas veces citados versos de Petrarca, después de decir: «a todos envilece esta dominación de los bárbaros». ¿No nos da, digo, la clave del por qué fué escrita y el fin que persiguió con ella? ¿No nos dice, en estos párrafos finales, el móvil que le hizo hacer un paréntesis a la redacción de las *Décadas* y escribir esa serie de máximas y consejos extraídos de la vida real, de los hechos políticos que sucedieron y sucedían dentro y fuera de la península itálica?

Es natural, y más que natural, rigurosamente lógico, y si así no lo consideraran estarían en contradicción consigo mismo aquellos autores que examinaron la obra con el concepto moral y a ésta la miden con el patrón de la época actual o, repito, consideran sus enunciados aislados, la obra no tiene espíritu, y si lo tiene según los jesuitas, es el soplado por el diablo. Aun más: algunos de sus defensores que hacen la crítica basados exclusivamente, o casi toda ella, en la época histórica en que ha vivido el autor, descuidan esta parte; los que con Gentile y Rousseau consideran esta obra como el libro de los republicanos, no pueden menos de dejar aparte, y como en la ignorancia de su existencia este capítulo y varios pasajes del libro, coincidiendo con muchos de sus detractores en esto: que este capítulo, último del libro, no tiene nada que ver y es absolutamente extraño al resto de la obra; que este concepto es absolutamente equivocado no nos cabe duda, y es por ello que trataremos de demostrar que es una creencia errónea; que en él se encuentra la explicación, la piedra de

toque de la obra. Es lo que haremos en las páginas siguientes. Debemos ante todo examinar en líneas generales la situación política de la Italia de entonces, y después de haberlo hecho, entrar a considerar la posibilidad de la unificación.

Italia estaba dividida en diversos ducados, repúblicas y oligarquías, de las cuales sólo cinco o seis tenían una influencia preponderante; Nápoles, bajo la conquista aragonesa; Roma, con el gobierno de los papas; Florencia, la de los Médicis y la republicana; Milán, con los Sforza; Venecia, que era una oligarquía de comerciantes marítimos, y una gran cantidad de republiquetas que a veces no comprendían sino la ciudad y sus suburbios. Pero esta situación de hecho no es nada comparada con la anarquía casi absoluta de las formas de gobierno; la influencia extranjera que llega, como en Florencia, a formar partidos políticos basados en sus políticas, como en este ejemplo, los güelfos y gibelinos, que seguían la política del papa y del emperador. Pero más aun que esto, son : el recelo enorme que existía entre ellas mismas, que las hacía coaligar contra una cualquiera por los celos que les producía el engrandecimiento; las intervenciones extranjeras provocadas por ellas mismas y que luego acababan por hundirlas en la servidumbre, como pasó con Ludovico Sforza y Luis de Francia, y junto con esto el sentimiento de cada señor de ciudad que pretendía engrandecerse a costa de las demás y que no toleraba el de las otras. Ante esta situación caótica, era verdaderamente arriesgado pensar en la unificación de la patria italiana, y sin embargo era un anhelo general, no sólo de esta época sino también de siglos anteriores : Dante ya la había cantado; Maquiavelo, más político que poeta, no se resignó a ello, y dió consejos para conseguirla.

Ante esta situación irregular que hubiera descorazonado a cualquiera, Maquiavelo entrevió una ocasión excepcional : primero Juliano y luego Lorenzo de Médicis eran hermano y sobrino del Papa, respectivamente, y además, señores absolutos de Florencia, es decir, una situación única en el caos del Renacimiento Italiano para poder llegar a renovar los días de gloria de la Italia unida, y ¿para esto qué era necesario? ¿Cómo en este *maremagnum* de repúblicas y oligarquías, ducados e intervenciones extranjeras, conquistar la realización de ese anhelo común? Pues bien : ¡esa es la preocupación de Maquiavelo a través de su obra!

Los consejos que da están dirigidos a aquel príncipe, que en ese momento él consideraba en una situación privilegiada para llevar a cabo la obra que sólo se consumaría tres siglos y medio después! He aquí, pues, el por qué él se refiere a un príncipe nuevo en especial : porque sólo por las armas, es decir, por la conquista, que él mismo considera larga, una conquista por la fuerza y por la astucia, podría obligar a las repúblicas del Renacimiento a aceptar la gloria de una de ellas y su predominio para alcanzar la unidad. La unidad : la expulsión del bárbaro y el ultramontano, como califica Maquiavelo al extranjero. Ambos constituyen el nervio que rige toda su obra, es el eje alrededor del cual gira; es el espíritu, en fin, que anima este opúsculo desde el comienzo hasta el final.

Aun más : no sólo lo anima el espíritu de la unidad, sino también el de la libertad, y él es el primer italiano que quiere fundamentar el Estado itálico a formarse sobre una base absolutamente laica. Es el primero que repudia la intromisión del papado en esa futura unidad. Creemos por ello necesario en breves líneas referirnos a la situación medieval, que es la época de la sujeción del espíritu a los

estrechísimos cánones del fanatismo religioso, y el concepto de patria en ella y luego en el Renacimiento, que no es más que la protesta de esta tiranía del espíritu religioso sobre el cerebro y la conciencia. En Italia, las ciudades o comunas que resultaron del proceso de descomposición del Imperio romano caído en el año 452 por la acción de los bárbaros; la caída del reino lombardo-veneciano en poder de Carlomagno y, poco después, la descomposición de este imperio, no tuvieron, como podría creerse, ante la situación del Renacimiento que, comparada con la anterior, es un régimen más o menos libre, una vida de libertad. Jamás en la Edad media fueron libres las comunas italianas; en las varias veces secular lucha entre el Pontificado y el Imperio, o uno o el otro hicieron sentir con gran fuerza su yugo sobre estas comunas. Pues bien : como una reacción contra este estado de cosas es lo que Maquiavelo encarna en forma magistral, este espíritu del Renacimiento de repudio a la dominación imperial; pero él a esta repulsa agrega la del Papado; en su concepción del Estado unido, el Pontificado es una institución que sobra y que no tiene función que llenar en él — que sería un Estado extraño que interviene en la patria italiana —, y no olvidemos una cosa : que Estado y Patria para Maquiavelo son una misma cosa; que Estado italiano y Patria italiana son términos equivalentes, y consideremos que patria para él es una divinidad superior a toda moral y toda ley; que para la conservación de la patria no hay nada ilícito, todo le está permitido para ese fin, y el vulgo lo reafirmaba con sus expresiones de Razón de Estado y Salud pública; medio y fin, sobre todo el medio que no creó ni inventó Maquiavelo.

Pero no sólo esto, sino que para él patria es una divinidad que ha bajado del cielo y que como aquella no es menos